

El nombre

En la Facultad de Medicina de una gran universidad, el profesor de anatomía, como examen final, distribuyó a todos los estudiantes un cuestionario.

Un estudiante que se había preparado meticulosamente contestó puntualmente a todas las preguntas hasta que llegó a la última.

La pregunta era: "¿Cuál es el nombre de pila de la señora de la limpieza?".

El alumno entregó el examen dejando la última respuesta en blanco.

Antes de entregarlo, preguntó al profesor si la última pregunta del examen contaría para la nota.

"¡Por cierto!", respondió el profesor. "En su carrera conocerá a muchas personas. Todas tienen su propio grado de importancia. Merecen su atención, incluso con una pequeña sonrisa o un simple hola".

El estudiante nunca olvidó la lección y aprendió que el nombre de pila de la señora de la limpieza era Mariana.

Un discípulo preguntó a Confucio: "Si el rey te pidiera que gobernaras el país, ¿cuál sería tu primera acción?".

"Me gustaría aprenderme los nombres de todos mis colaboradores".

"¡Qué tontería! Ciertamente no es un asunto de primera importancia para un primer ministro".

"Un hombre no puede esperar recibir ayuda de lo que no conoce", replicó Confucio. "Si no conoce la naturaleza, no conocerá a Dios. Del mismo modo, si no sabe a quién tiene a su lado, no tendrá amigos. Sin amigos, no será capaz de idear un plan. Sin un plan, no podrá dirigir las acciones de nadie. Sin dirección, el país se sumirá en la oscuridad e incluso los bailarines ya no sabrán cómo poner un pie junto al otro. Así, una acción aparentemente trivial, aprenderse el nombre de la persona que está a su lado, puede suponer una gran diferencia.

El pecado incorregible de nuestro tiempo es que todo el mundo quiere arreglar las cosas inmediatamente y olvida que necesita a los demás para hacerlo”.

Somos nosotros, don Bosco, hoy

«Tú llevarás a cabo el trabajo que estoy comenzando; yo haré los bocetos, tú dibujarás los colores» (Don Bosco)

Queridos amigos y lectores, miembros de la Familia Salesiana, en el saludo de este mes en el Boletín Salesiano me centraré en un evento muy importante que está viviendo la Congregación Salesiana: el 29° Capítulo General. En el camino de la Congregación Salesiana, cada seis años se lleva a cabo esta asamblea, la más importante que puede vivir la Congregación.

Muchas cosas forman parte de nuestra vida, y muchos eventos importantes este año jubilar nos está regalando; sin embargo, deseo centrarme en esto porque, aunque aparentemente está lejos de nosotros, nos concierne a todos.

Don Bosco, nuestro Fundador, era consciente de que no todo terminaría con él, sino que su obra sería solo el comienzo de un largo camino por recorrer. A los sesenta años, un día de 1875, le dijo a don Julio Barberis, uno de sus colaboradores más cercanos: “Tú llevarás a cabo el trabajo que estoy comenzando; yo haré los bocetos, tú dibujarás los colores [...] Haré una copia aproximada de la Congregación y dejaré a aquellos que vendrán después de mí la tarea de embellecerla”.

Con esta feliz y profética expresión, don Bosco trazaba el camino que todos estamos llamados a seguir; y en su máxima expresión se está llevando a cabo el Capítulo General de los

Salesianos de don Bosco en estos tiempos en Valdocco.

La profecía de los caramelos

El mundo de hoy no es el de don Bosco, pero hay una característica común: es un tiempo de profundas mutaciones. La humanización completa, equilibrada y responsable en sus componentes materiales y espirituales era el verdadero objetivo de don Bosco. Se preocupaba por llenar el “espacio interior” de los chicos, formar “cabezas bien hechas”, “ciudadanos honestos”. En esto es más actual que nunca. El mundo hoy necesita de don Bosco.

Al principio, para todos hay una pregunta muy simple: «¿Quieres una vida cualquiera o quieres cambiar el mundo?» Pero, ¿se puede aún hablar de metas e ideales, hoy? Cuando deja de correr, el río se convierte en un pantano. También el hombre.

Don Bosco no ha dejado de caminar. Hoy lo hace con nuestros pies.

Tenía una convicción respecto a los jóvenes: «Esta porción la más delicada y la más preciosa de la sociedad humana, sobre la cual se fundamentan las esperanzas de un futuro feliz, no es por sí misma de índole perversa... porque si a veces ocurre que ya están dañados a esa edad, lo son más bien por imprudencia, que no por malicia consumada. Estos jóvenes realmente necesitan una mano benéfica, que se ocupe de ellos, los cultive, los guíe...».

En 1882, en una conferencia a los Cooperadores en Génova: «Al retirar, instruir, educar a los jóvenes en peligro se hace un bien a toda la sociedad civil. Si la juventud está bien educada, con el tiempo tendremos una generación mejor». Es como decir: solo la educación puede cambiar el mundo.

Don Bosco tenía una capacidad de visión casi aterradora. Nunca dice “hasta ahora”. Siempre dice “de ahora en adelante”.

Guy Avanzini, eminente profesor universitario, continúa repitiendo: «La pedagogía del siglo veintiuno será salesiana, o no será».

Una noche de 1851, desde una ventana del primer piso, don

Bosco lanzó entre los chicos un puñado de caramelos. Se encendió una gran alegría, y un chico, al verlo sonreír desde la ventana, le gritó: «¡Oh don Bosco, si pudiera ver todas las partes del mundo, y en cada una de ellas tantos oratorios!». Don Bosco fijó en el aire su mirada serena y respondió: «Quién sabe si no debe llegar el día en que los hijos del oratorio no estén realmente esparcidos por todo el mundo».

Mirar lejos

Pero, ¿qué es un Capítulo General? ¿Por qué ocupar estas líneas en un tema que es específicamente de la Congregación Salesiana?

Las constituciones de vida de los Salesianos de don Bosco, en el artículo 146, definen así el Capítulo General:

“El Capítulo General es el principal signo de la unidad de la Congregación en su diversidad. Es el encuentro fraterno en el cual los salesianos realizan una reflexión comunitaria para mantenerse fieles al Evangelio y al carisma del Fundador y sensibles a las necesidades de los tiempos y lugares.

A través del Capítulo General, toda la Sociedad, dejándose guiar por el Espíritu del Señor, busca conocer, en un momento determinado de la historia, la voluntad de Dios para un mejor servicio a la Iglesia”.

El Capítulo General no es, por lo tanto, un hecho privado de los salesianos consagrados, sino una asamblea importantísima que a todos nos concierne, que toca a toda la Familia Salesiana y a aquellos que llevan a don Bosco dentro de sí, porque en el centro están las personas, la misión, el Carisma de don Bosco, la Iglesia y cada uno de nosotros, de ustedes.

En el centro está la fidelidad a Dios y a don Bosco, en la capacidad de ver los signos de los tiempos y de los diferentes lugares. Fidelidad que es un continuo movimiento, renovación, capacidad de mirar lejos y, al mismo tiempo, mantener los pies bien plantados en la tierra.

Por eso se han reunido alrededor de 250 hermanos salesianos, de todas partes del mundo, para orar, pensar, confrontarse y mirar lejos... en fidelidad a don Bosco.

Y luego, a partir de la construcción de esta visión, elegir al nuevo Rector Mayor, el sucesor de don Bosco y su Consejo General.

No es algo ajeno a tu vida, querido amigo/a que lees, sino dentro de tu existencia y en tu "afecto" a don Bosco. ¿Por qué te digo esto? Porque tú acompañas todo esto con tu oración. La oración al Espíritu Santo que ayude a todos los capitulares a conocer la voluntad de Dios para un mejor servicio a la Iglesia.

Creo que el CG29, estoy seguro, será todo esto. Una experiencia de Dios para limpiar otras partes del boceto que Don Bosco nos ha dejado, como siempre se ha hecho en todos los Capítulos Generales de la historia de la Congregación, siempre fieles a su diseño.

Seguros de que también hoy podemos seguir siendo iluminados para ser fieles al Señor Jesús en la fidelidad al carisma original, con los rostros, la música y los colores de hoy.

No estamos solos en esta misión y sabemos y sentimos que María, la Madre Auxiliadora de los cristianos, la Auxiliadora de la Iglesia, modelo de fidelidad, sostendrá los pasos de todos nosotros.

La educación según San Francisco de Sales

La educación según San Francisco de Sales es un camino de amor y cuidado de los jóvenes, basado en reglas indispensables: dulzura, comprensión y corrección equilibrada. Desde la familia hasta la sociedad, San Francisco pide a los responsables que muestren un afecto sincero, conscientes de que los jóvenes necesitan ser guiados con paciencia e

inspiración. La educación es un don que ayuda a formar almas libres, capaces de pensar y actuar en armonía. Como un maestro de montaña, el obispo de Saboya nos recuerda que corregir significa acompañar, salvaguardando la espontaneidad de los corazones en crecimiento, y apuntando siempre a la transformación interior. Así nace una educación integral.

Un deber que hay que cumplir con amor

La educación es un fenómeno universal, basado en las leyes de la naturaleza y de la razón. Es el mejor regalo que los padres pueden hacer a sus hijos, en quienes alimentará la gratitud y la piedad filial. Hablando de aquellos que son responsables de los demás, tanto en la familia como en la sociedad, Francisco de Sales recomienda que muestren amor: «Que cumplan, pues, su deber con amor».

Los jóvenes necesitan orientación. Si es cierto que «quien se gobierna a sí mismo es gobernado por un gran necio», esto debería ser aún más cierto para los que aún no tienen experiencia. Del mismo modo, Celse-Bénigne, el hijo mayor de Madame de Chantal, que era una fuente de preocupación para su madre, necesitaba una guía que le ayudara a «saborear la bondad de la verdadera sabiduría a través de amonestaciones y recomendaciones».

A un joven que estaba a punto de «lanzarse al mundo», le sugirió que buscara «algún espíritu cortés» al que pudiera visitar de vez en cuando para «recrearse y recuperar el aliento espiritual». Debemos hacer como el joven Tobías en la Biblia: enviado por su padre a una tierra lejana donde no conocía el camino, recibió este consejo: «Ve, pues, y busca un hombre que te guíe».

Especialista en montaña, al obispo de Saboya le gustaba recordar a la gente que los que caminan por senderos escabrosos y resbaladizos necesitan estar atados, unidos unos a otros para avanzar con más seguridad. Siempre que podía, ofrecía ayuda y consejo a los jóvenes en peligro. A un joven colegial atrapado en el juego y el libertinaje, le escribió «una carta llena de buenas, amables y amistosas advertencias»,

invitándole a aprovechar mejor su tiempo.

Un buen guía debe ser capaz de adaptarse a las necesidades y posibilidades de cada individuo. Francisco de Sales admiraba a las madres que sabían dar a cada uno de sus hijos lo que necesitaba y adaptarse a cada uno “según el alcance de su espíritu”. Así es como Dios acompaña a las personas. Su enseñanza se asemeja a la de un padre atento a las capacidades de cada uno: «Como un buen padre que lleva a su hijo de la mano», escribía a Juana de Chantal, «adaptará sus pasos a los tuyos y se contentará con no ir más deprisa que tú».

Elementos de psicología juvenil

Para tener alguna posibilidad de éxito, el educador debe saber algo sobre los jóvenes en general y sobre cada joven en particular. ¿Qué significa ser joven? Comentando la famosa visión de la escalera de Jacob, el autor de la *Introducción a la vida devota* observa que los ángeles que subían y bajaban de la escalera tenían todos los atractivos de la juventud: estaban llenos de vigor y agilidad; tenían alas para volar y pies para caminar con sus compañeros; sus rostros eran bellos y alegres; «sus piernas, brazos y cabezas estaban todos descubiertos» y «el resto de sus cuerpos estaban cubiertos, pero con un manto hermoso y ligero».

Pero no idealicemos demasiado esta edad de la vida. Para Francisco de Sales, la juventud es por naturaleza temeraria y atrevida; los jóvenes devoran todas las dificultades desde lejos y huyen de ellas desde cerca. ‘Joven y ardiente’ son dos adjetivos que a menudo van de la mano, especialmente cuando se usan para describir una mente “rebotante de concepciones y fuertemente inclinada a los extremos”. Y entre los riesgos de esta edad está «el ardor de una sangre joven que empieza a hervir y de un valor que aún no tiene la prudencia como guía».

Los jóvenes son versátiles, se mueven y cambian con facilidad. Como los cachorros de perro que aman el cambio, los jóvenes son volubles e inconstantes, agitados por diversos

«deseos de novedad y cambio», y son susceptibles de provocar «grandes y desafortunados escándalos». Es una edad en la que las pasiones son feroces y difíciles de controlar. Como las mariposas, revolotean alrededor del fuego con el riesgo de quemarse las alas.

A menudo carecen de sabiduría y experiencia, porque el amor propio ciega la razón. Debemos temer en ellos estas dos actitudes opuestas: la vanidad, que en realidad es falta de valor, y la ambición, que es un exceso de valor que les lleva a buscar desmedidamente la gloria y el honor.

Sin embargo, ¡qué maravilloso es cuando la juventud y la virtud se encuentran! Francisco de Sales admira a una joven que tenía todo para gustar en la primavera de su vida y que amaba y estimaba 'las santas virtudes'. Alaba a todos aquellos que, durante su juventud, mantuvieron sus almas 'siempre puras en medio de tantas infecciones'.

Los jóvenes, en particular, son sensibles al afecto que reciben. «Es imposible expresar cuán amigos somos», le escribió a un padre acerca de su relación con su indisciplinado, incluso insoportable, hijo en la escuela. Como podemos ver, Francisco de Sales estaba feliz de proclamarse amigo de los jóvenes. De manera similar, le escribió a la madre de una niña de la que era padrino: «La querida ahijadita, según creo, tiene un secreto presentimiento de que la amo, tan fuerte es el afecto que me demuestra».

Por último, «ésta es la edad adecuada para recibir impresiones», lo cual es bueno porque significa que los jóvenes pueden ser educados y son capaces de grandes cosas. El futuro pertenece a los jóvenes, como vimos en la abadía de Montmartre, donde fueron los jóvenes, con su abadesa aún más joven, quienes llevaron a cabo la «reforma».

El sentido de la educación

Aunque el realismo exige que los educadores conozcan a las personas a las que se dirigen, nunca deben perder de vista el sentido de la finalidad de su acción. Nada mejor que una conciencia clara de los objetivos que nos

fijamos, porque «todo agente actúa por el fin y en función del fin».

¿Qué es entonces la educación y cuál es su finalidad? La educación, dice Francisco de Sales, es “una multitud de sollicitaciones, ayudas, beneficios y otros servicios necesarios para el niño, ejercidos y continuados hacia él hasta la edad en que ya no los necesita”. Dos cosas llaman la atención en esta definición: por un lado, la insistencia en la multitud de atenciones que requiere la educación y, por otro, su fin, que coincide con el momento en que el sujeto ha alcanzado la autonomía. Los niños son educados para alcanzar la libertad y el pleno control de sus vidas.

Concretamente, el ideal educativo de Francisco de Sales parece girar en torno a la noción de armonía, es decir, la integración armónica de todos los diversos componentes que existen en el ser humano: «acciones, movimientos, sentimientos, inclinaciones, hábitos, pasiones, facultades y potencias». La armonía implica unidad, pero también distinción. La unidad requiere un mandamiento único, pero el mandamiento único no sólo debe respetar las diferencias, sino promover las distinciones en la búsqueda de la armonía. En la persona humana, el gobierno pertenece a la voluntad, a la que se refieren todos los demás componentes, cada uno en su lugar y en interdependencia con los demás.

Francisco de Sales utiliza dos comparaciones para ilustrar su ideal. No carecen de analogía con los dos impulsos humanos fundamentales destacados por el psicoanálisis: la agresión y el placer. Un ejército es bello, explica, cuando está compuesto de partes distintas dispuestas de tal manera que juntas forman un solo ejército. La música es bella cuando las voces están unidas en la distinción y cuando son distintas, pero están unidas.

Partir del corazón

«Quien ha conquistado el corazón del hombre, ha conquistado al hombre entero», escribe el autor de la

Introducción a la vida devota. Esta regla general debería ser aplicable al campo de la educación. La expresión «conquistar el corazón» puede interpretarse de dos maneras. Puede significar que el educador debe apuntar al corazón, es decir, al núcleo interior de la persona, antes de preocuparse por su comportamiento exterior. Por otra parte, significa conquistar a la persona a través del afecto.

El hombre se construye desde dentro: ésta parece ser una de las grandes lecciones de Francisco de Sales, educador y reformador de personas y comunidades. Era muy consciente de que su método no era compartido por todos, pues escribió: «Nunca he podido aprobar el método de aquellos que, para reformar al hombre, empiezan por el exterior, por el porte, la ropa, el cabello. Por tanto, hay que empezar por dentro, es decir, por el corazón, sede de la voluntad y fuente de todas nuestras acciones.

El segundo punto consiste en intentar ganarse el afecto de los demás, para establecer con ellos una buena relación educativa. En una carta dirigida a una abadesa para aconsejarle sobre la reforma de su monasterio, compuesto en gran parte por jóvenes, encontramos valiosas indicaciones sobre cómo concebía el obispo saboyano su método de educación, de formación y, más precisamente en este caso, de «reforma». Ante todo, no debemos alarmarles dándoles la impresión de que queremos reformarles. El objetivo es que se reformen ellos mismos». Después de estos preliminares, hay que utilizar tres o cuatro «trucos». No es de extrañar, ya que la educación es también un arte, de hecho, el arte de las artes. El primero consiste en pedirles que hagan cosas a menudo, pero muy fácilmente y sin dar la impresión de estar haciéndolas. En segundo lugar, hay que hablar a menudo y en términos generales de lo que hay que cambiar, como si se pensara en otra persona. En tercer lugar, hay que tratar de hacer amable la obediencia, sin olvidar de nuevo mostrar sus beneficios y ventajas. Según Francisco de Sales, hay que preferir la amabilidad porque suele ser más eficaz. Por último, los responsables deben mostrar que no actúan por capricho, sino en virtud de su

responsabilidad y con vistas al bien de todos.

Mandar, aconsejar, inspirar

Parece que las intervenciones propuestas por Francisco de Sales en el campo de la educación siguen el modelo de las tres maneras que Dios utiliza con los hombres para indicarles su voluntad: mandamientos, consejos e inspiraciones.

Es obvio que los padres y maestros tienen el derecho y el deber de ordenar a sus hijos o alumnos por su propio bien, y que ellos deben obedecer. Él mismo, en su responsabilidad de obispo, no dudaba en hacerlo cuando era necesario. Sin embargo, según Camus, aborrecía a los espíritus absolutos que querían ser obedecidos a voluntad y que todo debía ceder a su dominio. Decía que «quien ama ser temido, teme ser amado». En algunos casos, la obediencia puede ser forzada. Refiriéndose al hijo de uno de sus amigos, escribió a su padre: «Si persevera, nos daremos por satisfechos; si no lo hace, tendremos que recurrir a uno de estos dos remedios: o retirarlo a una escuela un poco más cerrada que ésta, o darle un maestro particular que sea un hombre y al que preste obediencia». ¿Se puede descartar por completo el uso de la fuerza?

Usualmente, sin embargo, Francisco de Sales recurría a consejos, advertencias y recomendaciones. El autor de la *Introducción a la Vida Devota* se presenta a sí mismo como un consejero, un asistente, alguien que da 'consejos'. Aunque a menudo usa el imperativo, es consejo lo que está dando, especialmente porque a menudo va acompañado de un condicional: 'Si puedes hacerlo, hazlo'. A veces la recomendación se disfraza de declaración de valores: es bueno hacerlo, es mejor hacerlo así, etc.

Pero cuando puede y su autoridad no está en entredicho, prefiere actuar por inspiración, sugerencia o insinuación. Es el método salesiano por excelencia, que respeta la libertad humana. Le parecía particularmente adecuado para elegir un estado de vida. Es el método que

recomendó a Madame de Chantal para la vocación que quería para sus hijos, «inspirándoles suavemente pensamientos en sintonía con ella».

Pero la inspiración no se comunica sólo con palabras. Los cielos no hablan, dice la Biblia, sino que proclaman la gloria de Dios con su testimonio silencioso. Del mismo modo, «el buen ejemplo es una predicación silenciosa», como la de San Francisco que, sin decir una sola palabra, atrajo con su ejemplo a un gran número de jóvenes. En efecto, el ejemplo lleva a la imitación. Los pequeños ruiseñores aprenden a cantar con los grandes, recordó, y «el ejemplo de los que amamos ejerce sobre nosotros una influencia y una autoridad suaves e imperceptibles», hasta el punto de que nos vemos obligados a dejarlos o a imitarlos.

¿Cómo corregir?

El espíritu de corrección consiste en «resistir al mal y reprimir los vicios de aquellos que nos han sido confiados, constante y valientemente, pero con dulzura y tranquilidad». Sin embargo, las faltas deben corregirse sin demora, mientras son pequeñas, «porque si esperas a que crezcan, no podrás curarlas fácilmente».

La severidad es a veces necesaria. Los dos jóvenes religiosos que daban escándalo debían ser reconducidos al buen camino si se quería evitar un gran número de consecuencias lamentables. Aunque su juventud haya podido servir de excusa, «la continuación de su conducta los hace ahora imperdonables». Incluso hay casos en los que es necesario «mantener a los malvados en cierto temor por la resistencia que opondrán». El obispo de Ginebra cita una carta de san Bernardo a los frailes de Roma que necesitaban corrección, en la que «les habla con propiedad y con un jabón suficientemente caliente. Hagamos como el cirujano, pues “es una amistad débil o mala ver perecer al amigo y no ayudarlo, verle morir de apostasía y no atreverse a darle el filo de la navaja de la corrección para salvarlo”.

Sin embargo, la corrección debe administrarse sin pasión, porque «un juez castiga mucho mejor a los malvados cuando dicta sus sentencias con razón y con espíritu de tranquilidad, que cuando las dicta con ímpetu y pasión, sobre todo porque, juzgando con pasión, no castiga las faltas según lo que son, sino según lo que él mismo es». Del mismo modo, «las amonestaciones suaves y cordiales de un padre tienen mucho más poder para corregir a un hijo que su cólera y su ira». Por eso es importante guardarse de la ira. La primera vez que sientas ira, le dijo a Filotea, «debes reunir rápidamente tus fuerzas, no de repente ni impetuosamente, sino con suavidad y seriedad». En una carta a una monja que se había quejado de «una niña huraña y despistada» confiada a su cuidado, el obispo le dio este consejo: «No la corrija, si puedes, con ira. No seamos como el rey Herodes o como esos hombres que dicen que gobiernan cuando se les teme, cuando gobernar es 'ser amado'».

Hay muchas maneras de corregir. Una de las mejores no es tanto reprender lo que es negativo, sino fomentar todo lo que es positivo en una persona. Es lo que se llama «corregir por inspiración», porque «es maravilloso cómo la dulzura y la belleza de algo bueno atraen poderosamente a los corazones».

Su discípulo, Jean-Pierre Camus, contó la historia de una madre que maldijo a su hijo que la había insultado. Se pensó que el obispo debería hacer lo mismo, pero él respondió: «¿Qué quieres que haga? Tenía miedo de derramar en un cuarto de hora el poco licor de bondad que intento reunir desde hace veintidós años». Fue de nuevo Camus quien relató esta «inolvidable» frase de su maestro: «Recuerda que se cazan más moscas con una gota de miel que con un barril de vinagre».

La amabilidad es preferible con los demás, pero también con nosotros mismos. Todo el mundo debería estar preparado para reconocer sus errores con calma y corregirse sin enfadarse. He aquí un buen consejo para una «pobre chica»

enfadada consigo misma: «Dile que, por mucho que se queje, nunca se sorprenderá ni se enfadará consigo misma».

Educación progresiva

San Francisco de Sales, que tenía sentido de lo real y de lo posible, así como la moderación y el tacto necesarios, estaba convencido de que los grandes proyectos sólo se consiguen con paciencia y tiempo. La perfección nunca es el punto de partida y probablemente nunca se alcanzará, pero el progreso siempre es posible. El crecimiento tiene sus propias leyes que hay que respetar: las abejas fueron primero larvas, luego ninfas y finalmente abejas «formadas, hechas y perfectas».

Hacer las cosas ordenadamente, una tras otra, sin aspavientos, incluso con cierta lentitud, pero sin detenerse nunca, éste parece ser el ideal del obispo de Ginebra. Avancemos, decía, y «por muy despacio que avancemos, recorreremos un largo camino». Del mismo modo, recomendó a una abadesa que tenía la onerosa tarea de reformar su monasterio: «Debes tener un corazón grande y perdurable». La ley de la progresión es universal y se aplica en todos los campos».

Para ilustrar su pensamiento, el santo de la dulzura utilizó innumerables comparaciones e imágenes para inculcar el sentido del tiempo y la necesidad de perseverar. Algunas personas tienen tendencia a volar antes de tener alas, o de repente quieren ser ángeles, cuando no son más que hombres y mujeres de bien. Cuando los niños son pequeños, les damos leche, y cuando crecen y empiezan a tener dientes, les damos pan y manteca.

Un punto importante es no tener miedo a repetir lo mismo una y otra vez. Debemos imitar a los pintores y escultores que crean sus obras repitiendo los trazos del pincel y el cincel. La educación es un largo viaje. Por el camino, hay que purificarse de muchos «humores» negativos, y esta purificación es lenta. Pero no hay que desanimarse. La lentitud no significa resignación o espera casual. Al contrario, hay que aprender a aprovecharlo todo al máximo, sin

perder el tiempo y sabiendo utilizar “nuestros años, nuestros meses, nuestras semanas, nuestros días, nuestras horas, incluso nuestros momentos”.

La paciencia, a menudo enseñada por el Obispo de Ginebra, es una paciencia activa que nos permite avanzar, aunque sea a pequeños pasos. «Poco a poco y pie a pie, debemos adquirir este dominio», escribió a una impaciente Filotea. Aprendemos ‘primero a caminar a pequeños pasos, luego a apresurarnos, después a caminar a medias, finalmente a correr’. El crecimiento hacia la edad adulta comienza lentamente y se acelera cada vez más, al igual que la formación y la educación. Por último, la paciencia se nutre de la esperanza: “No hay tierra tan ingrata que el amor del trabajador no la abone”.

Educación integral

De lo que se ha dicho hasta ahora, ya está bastante claro que, para Francisco de Sales, la educación no podía confundirse con una sola dimensión de la persona, tal como la educación, o los buenos modales, o incluso una educación religiosa desprovista de fundamentos humanos. Por supuesto, no se puede negar la importancia de cada una de estas áreas en particular. En cuanto a la educación y la formación de la mente, basta recordar el tiempo y el esfuerzo que dedicó durante su juventud a la adquisición de una elevada cultura intelectual y «profesional», así como el cuidado que dedicó a la educación en su diócesis.

Sin embargo, su principal preocupación fue la formación integral de la persona humana, entendida en todas sus dimensiones y dinámicas. Para demostrarlo, nos centraremos en cada una de las dimensiones constitutivas de la persona humana en su totalidad simbólica: el cuerpo con todos sus sentidos, el alma con todas sus pasiones, la mente con todas sus facultades y el corazón, sede de la voluntad, el amor y la libertad.

La fe, nuestro escudo y nuestra victoria (1876)

«Cuando me dediqué a esta parte del sagrado ministerio, entendí consagrar todos mis esfuerzos a la mayor gloria de Dios y al beneficio de las almas; entendí esforzarme por formar buenos ciudadanos en esta tierra, para que un día fueran dignos habitantes del cielo. Que Dios me ayude a poder continuar así hasta el último aliento de mi vida.» (Don Bosco)

Los jóvenes, y no solamente ellos, esperaban con ansiedad el relato del sueño; don Bosco mantuvo su promesa, pero con un día de retraso, en las buenas noches del 30 de junio, festividad del *Corpus Christi*. Comenzó de esta manera:

«Me alegro de volveros a ver. ¡Oh, cuántos rostros angelicales tengo vueltos hacia mí! (*risas generales*). He pensado que si os cuento el sueño de que os hablé os causaría un poco de miedo. Si yo tuviese un rostro angelical os podría decir: ¡Miradme! Y entonces se disiparía todo temor. Pero desgraciadamente no soy más que un poco de barro, como todos vosotros. Sin embargo, somos obra de Dios y puedo decir con san Pablo que sois *gaudium meum et corona mea*: vosotros sois mi alegría y mi corona. Mas no hay que extrañarse si en la corona hay algún *Gloria Patri* un poco mohoso.

Pero volvamos al sueño. Yo no os lo quería contar por miedo a atemorizaros; pero después pensé: un padre no debe ocultar nada a sus hijos, tanto más si éstos tienen interés por conocer lo que el padre sabe; bueno es, pues, que los hijos sepan lo que el padre hace y conoce. Por eso me he decidido a contároslo con todos sus detalles; pero os ruego que le deis simplemente la importancia que se suele dar a los sueños y que cada uno lo tome como más le agrade y de la forma

más beneficiosa. Tened entendido, pues, que los sueños se tienen durmiendo (*Risas generales*); pero sabed, además, que este sueño no lo he tenido ahora, sino hace quince días, precisamente cuando estabais terminando vuestros ejercicios. Hacía mucho tiempo que yo pedía al Señor que me diese a conocer el estado de alma de mis hijos y qué podía yo hacer para su progreso en la virtud y para desarraigar de sus corazones ciertos vicios. Estos eran los pensamientos que me preocupaban durante estos ejercicios. Demos gracias al Señor porque los ejercicios, tanto por parte de los estudiantes como de los aprendices, han resultado muy bien. Pero no terminaron con ellos las misericordias divinas; Dios quiso favorecerme de manera que pudiese leer en las conciencias de los jóvenes, como se lee en un libro; y lo que es aún más admirable, vi no solamente el estado actual de cada uno, sino lo que a cada uno le sucederá en el porvenir. Y esto fue también para mí algo inusitado; pues no me podía convencer de que pudiese ver de una manera semejante, tan bien y con tanta claridad, tan al descubierto las cosas futuras y las conciencias juveniles. Es la primera vez que me sucedía esto. También pedí mucho a la Santísima Virgen, que se dignase concederme la gracia de que ninguno de vosotros tuviese el demonio en el corazón, y abrigo la esperanza de que también esto me haya sido concedido; pues tengo motivos suficientes para creer que todos vosotros habéis manifestado vuestras conciencias. Estando, pues, ocupado en estos pensamientos y rogando al Señor me mostrase qué es lo que puede favorecer y perjudicar la salud de las almas de mis queridos jóvenes, me fui a descansar, y he aquí que comencé a soñar lo que seguidamente os voy a contar».

El preámbulo del sueño está saturado del acostumbrado sentido de humildad profunda; pero en esta ocasión termina con una afirmación de tal naturaleza, que excluye toda duda acerca del carácter sobrenatural del fenómeno.

El sueño se podría titular así: *La fe, nuestro escudo y nuestra victoria*.

Me pareció encontrarme con mis queridos jóvenes en el Oratorio. Era hacia el atardecer, ese momento en que las sombras comienzan a oscurecer el cielo. Aún se veía, pero no con mucha claridad. Yo, saliendo de los pórticos, me dirigí a la portería; pero me rodeaba un número inmenso de muchachos, como soléis hacer vosotros, como prueba de amistad. Unos se habían acercado a saludarme, otros paran comunicarme algo. Yo dirigía una palabra, ya a uno ya a otro. Así llegué al patio muy lentamente, cuando he aquí que oigo unos lamentos prolongados y un ruido grandísimo, unido a las voces de los muchachos y a un griterío que procedía de la portería. Los estudiantes, al escuchar aquel insólito tumulto, se acercaron a ver; pero muy pronto los vi huir precipitadamente en unión de los aprendices, también asustados, gritando y corriendo hacia nosotros. Muchos de éstos se habían salido por la puerta que está al fondo del patio.

Pero al crecer cada vez más el griterío y los acentos de dolor y de desesperación, yo preguntaba a todos con ansiedad qué era lo que había sucedido y procuraba avanzar para prestar mi auxilio donde hubiera sido necesario. Pero los jóvenes, agrupados a mi alrededor, me lo impedían.

Yo entonces les dije:

– Pero dejadme andar; permitidme que vaya a ver qué es lo que produce un espanto tal.

– No, no, por favor, me decían todos; no siga adelante; quédese, quédese aquí; hay un monstruo que lo devorará; huya, huya con nosotros; no intente seguir adelante. Con todo quise ver qué era lo que pasaba y deshaciéndome de los jóvenes, avancé un poco por el patio de los aprendices, mientras todos los jóvenes gritaban:

– ¡Mire, mire!

– ¿Qué hay?

– ¡Mire allá al fondo!

Dirigí la vista hacia la parte indicada y vi a un monstruo que, al primer golpe de vista, me pareció un león gigantesco, tan grande que no creo exista uno igual en la tierra. Lo observé atentamente; era repulsivo; tenía el

aspecto de un oso, pero aún más horrible y feroz que éste. La parte de atrás no guardaba relación con los otros miembros, era más bien pequeña; pero las extremidades anteriores, como también el cuerpo, los tenía grandísimos. Su cabeza era enorme y la boca tan desproporcionada y abierta, que parecía hecha como para devorar a la gente de un solo bocado; de ella salían dos grandes, agudos y larguísimos colmillos a guisa de tajantes espadas.

Yo me retiré inmediatamente donde estaban los jóvenes, los cuales me pedían consejo ansiosamente; pero ni yo mismo me veía libre del espanto y me encontraba sin saber qué partido tomar. Con todo les dije:

– Me gustaría deciros qué es lo que tenéis que hacer; pero no lo sé. Por lo pronto concentrémonos debajo de los pórticos.

Mientras decía esto, el oso entraba en el segundo patio y se adelantaba hacia nosotros con paso grave y lento, como quien está seguro de alcanzar la presa. Retrocedimos horrorizados, hasta llegar bajo los pórticos.

Los jóvenes se habían estrechado alrededor de mi persona. Todos los ojos estaban fijos en mí:

– Don Bosco: ¿qué es lo que hemos de hacer?, me decían.

Y yo también miraba a los jóvenes, pero en silencio, y sin saber qué hacer.

Finalmente exclamé:

– Volvémonos hacia el fondo del pórtico, hacia la imagen de la Virgen, pongámonos de rodillas, invoquémosla con más devoción que nunca, para que Ella nos diga qué es lo que tenemos que hacer en estos momentos para que venga en nuestro auxilio y nos libre de este peligro. Si se trata de un animal feroz, entre todos creo que lograremos matarlo; y si es un demonio, María nos protegerá. ¡No temáis! La Madre celestial se cuidará de nuestra salvación.

Entretanto el oso continuaba acercándose lentamente, casi arrastrándose por el suelo en actitud de preparar el salto para arrojarse sobre nosotros.

Nos arrodillamos y comenzamos a rezar. Pasaron unos minutos de verdadero espanto. La fiera había llegado ya tan cerca que de un salto podía caer sobre nosotros. Cuando he aquí que, no sé cómo ni cuándo, nos vimos trasladados todos del lado allá de la pared encontrándonos en el comedor de los clérigos.

En el centro del mismo estaba la Virgen, que se asemejaba, no sé si a la estatua que está bajo los pórticos o a la del mismo comedor, o a la de la cúpula o también a la que está en la iglesia. Mas, sea como fuese, el hecho es que estaba radiante de una luz vivísima que iluminaba todo el comedor, cuyas dimensiones en todo sentido habían aumentado cien veces más, apareciendo esplendoroso como un sol al mediodía. Estaba rodeada de bienaventurados y de ángeles, de forma que el salón parecía un paraíso.

Los labios de la Virgen se movían como si quisiese hablar, para decirnos algo.

Los que estábamos en aquel refectorio éramos muchísimos. Al espanto que había invadido nuestros corazones sucedió un sentimiento de estupor. Los ojos de todos estaban fijos en la imagen, la cual con voz suavísima nos tranquilizó diciéndonos:

– No temáis; tened fe; ésta es solamente una prueba a la cual os quiere someter mi Divino Hijo.

Observé entonces a los que, fulgurantes de gloria, hacían corona a la Santísima Virgen y reconocí a don Víctor Alasonatti, a don Domingo Ruffino, a un tal Miguel, hermano de las Escuelas Cristianas, a quien algunos de vosotros habréis conocido y a mi hermano José; y a otros que estuvieron en otro tiempo en el Oratorio y que pertenecieron a la Congregación y que ahora están en el Paraíso. En compañía de éstos vi también a otros que viven actualmente.

Cuando he aquí que uno de los que formaban el cortejo de la Virgen dijo en alta voz:

– *iSurgamus!* (¡Levantémonos!).

Nosotros estábamos de pie y no entendíamos qué era lo que nos quería decir con aquella orden, y nos preguntábamos: -Pero ¿cómo *surgamus*? Si estamos todos de pie. – ¡*Surgamus!*, repitió más fuerte la misma voz.

Los jóvenes, de pie y atónitos, se habían vuelto hacia mí, esperando que yo les hiciese alguna señal, sin saber entretanto qué hacer.

Yo me volví hacia el lugar de donde había salido aquella voz y dije:

– Pero ¿qué es lo que tenemos que hacer? ¿Qué quiere decir *surgamus*, si estamos todos de pie?

Y la voz me respondió con mayor fuerza:

– *Surgamus!*

Yo no conseguía explicarme este mandato que no entendía. Entonces otro de los que estaban con la Virgen se dirigió a mí, que me había subido a una mesa para poder dominar a aquella multitud, y comenzó a decir con voz robusta y bien timbrada, mientras los jóvenes escuchaban:

– Tú que eres sacerdote debes comprender qué quiere decir *surgamus*. Cuando celebras la Misa, ¿no dices todos los días *sursumcorda*? Con esto entiendes elevarte materialmente o levantar los afectos del corazón al cielo, a Dios.

Yo inmediatamente dije a voz en cuello a los jóvenes:

– Arriba, arriba hijos, reavivemos, fortifiquemos nuestra fe, elevemos nuestros corazones a Dios, hagamos un acto de amor y de arrepentimiento; hagamos un esfuerzo de voluntad para orar con vivo fervor; confiemos en Dios.

Y hecha una señal, todos se pusieron de rodillas.

Un momento después, mientras rezábamos en voz baja, llenos de confianza, se dejó oír de nuevo una voz que dijo:

– *Súrgite!* Y nos pusimos todos de pie y sentimos que una fuerza sobrenatural nos elevaba sensiblemente sobre la tierra y subimos, no sabría precisar cuánto, pero puedo asegurar que todos nos encontrábamos muy alto. Tampoco sabría

decir dónde descansaban nuestros pies. Recuerdo que yo estaba agarrado a la cortina o al repecho de una ventana. Los jóvenes se sujetaban, unos a las puertas, otros a las ventanas; quién se agarraba acá, quién allá; quién a unos garfios de hierro, quién a unos gruesos clavos, quién a la cornisa de la bóveda. Todos estábamos en el aire y yo me sentía maravillado de que no cayésemos al suelo.

Y he aquí que el monstruo que habíamos visto en el patio, penetró en la sala seguido de una innumerable cantidad de fieras de diversas clases, todas dispuestas al ataque. Corrían de acá para allá por el comedor, lanzaban horribles rugidos, parecían deseosas de combatir y que de un momento a otro se habían de lanzar de un salto sobre nosotros. Pero por entonces nada intentaron. Nos miraban, levantaban el hocico y mostraban sus ojos inyectados en sangre. Nosotros lo contemplábamos todo desde arriba, y yo, muy agarradito a aquella ventana, me decía:

– Si me cayese, ¡qué horrible destrozo harían de mi persona!

Mientras continuábamos en aquella extraña postura, salió una voz de la imagen de la Virgen que cantaba las palabras de San Pablo: *–Sumite ergo scutum fidei inexpugnabile.* (Embrazad, pues, el escudo de la fe inexpugnable). Era un canto tan armonioso, tan acorde, de tan sublime melodía, que nosotros estábamos como extáticos. Se percibían todas las notas desde la más grave a la más alta y parecía como si cien voces cantasen al unísono.

Nosotros escuchábamos aquel canto de paraíso, cuando vimos partir de los flancos de la Virgen numerosos jovencitos que habían bajado del cielo. Se acercaron a nosotros llevando escudos en sus manos y colocaban uno sobre el corazón de cada uno de nuestros jóvenes. Todos los escudos eran grandes, hermosos, resplandecientes. Reflejase en ellos la luz que procedía de la Virgen, pareciendo una cosa

celestial. Cada escudo en el centro parecía de hierro, teniendo alrededor un círculo de diamantes y su borde era de oro finísimo. Este escudo representaba la fe. Cuando todos estuvimos armados, los que estaban alrededor de la Virgen entonaron un dúo y cantaron de una manera tan armoniosa, que no sabría qué palabras emplear para expresar semejante dulzura. Era lo más bello, lo más suave, lo más melodioso que imaginar se puede.

Mientras yo contemplaba aquel espectáculo y estaba absorto escuchando aquella música, me sentí estremecido por una voz potente que gritaba:

– *¡Ad pugnam!* (¡A la pelea!).

Entonces todas aquellas fieras comenzaron a agitarse furiosamente. En un momento caímos todos, quedando de pie en el suelo, y he aquí que cada uno luchaba con las fieras, protegido por el escudo divino. No sabría decir si la batalla se entabló en el comedor o en el patio. El coro celestial continuaba sus armonías. Aquellos monstruos lanzaban contra nosotros, con los vapores que salían de sus fauces, balas de plomo, lanzas, saetas y toda suerte de proyectiles; pero aquellas armas no llegaban hasta nosotros y daban sobre nuestros escudos rebotando hacia atrás. El enemigo quería herirnos a toda costa y matarnos y reanudaba sus asaltos, pero no nos podía producir herida. Todos sus golpes daban con fuerza en los escudos y los monstruos se rompían los dientes y huían. Como las olas, se sucedían aquellas masas asaltantes, pero todos hallaban la misma suerte.

Larga fue la lucha. Al fin se dejó oír la voz de la Virgen que decía:

– *Haec est victoria vestra, quae vincit mundum, fides vestra.* (Esta es vuestra victoria, la que vence al mundo, vuestra fe).

Al oír tales palabras, aquella multitud de fieras espantadas se dio a una precipitada fuga y desapareció. Nosotros quedamos libres, a salvo, victoriosos en aquella sala inmensa del refectorio, siempre iluminada por la luz viva que emanaba de la Virgen.

Entonces me fijé con toda atención en los que llevaban el escudo. Eran muchos millares. Entre otros vi a don Victor Alasonatti, a don

Domingo Ruffino, a mi hermano José, al Hermano de las Escuelas Cristianas, los cuales habían combatido con nosotros.

Pero las miradas de todos los jóvenes no podían apartarse de la Santísima Virgen. Ella entonó un cántico de acción de gracias, que despertaba en nosotros nuevos sentimientos de alegría y nuevos éxtasis indescriptibles. No sé si en el Paraíso se puede oír algo superior.

Pero nuestra alegría se vio turbada de improviso por gritos y gemidos desgarradores mezclados con rugidos de fieras. Parecía como si nuestros jóvenes hubiesen sido asaltados por aquellos animales, que poco antes habíamos visto huir de aquel lugar. Yo quise salir fuera inmediatamente para ver lo que sucedía y prestar auxilio a mis hijos; pero no lo podía hacer porque los jóvenes estaban en la puerta por la que yo tenía que pasar y no me dejaban salir en manera alguna. Yo hacía toda clase de esfuerzos por librarme de ellos, diciéndoles:

– Pero dejadme ir en auxilio de los que gritan. Quiero ver a mis jóvenes y, si ellos sufren algún daño o están en peligro de muerte, quiero morir con ellos. Quiero ir aunque me cueste la vida.

Y escapándome de sus manos me encontré inmediatamente debajo de los pórticos. Y ¡qué espectáculo más horrible! El patio estaba cubierto de muertos, de moribundos y de heridos. Los jóvenes, llenos de espanto, intentaban huir hacia una y otra parte perseguidos por aquellos monstruos que les clavaban los dientes en sus cuerpos, dejándoles cubiertos de heridas. A cada momento había jóvenes que caían y morían, lanzando los ayes más dolorosos.

Pero quien hacía la más espantosa mortandad era aquel oso que había sido el primero en aparecer en el patio de

los aprendices. Con sus colmillos, semejantes a dos tajantes espadas, traspasaba el pecho de los jóvenes de derecha a izquierda y de izquierda a derecha y sus víctimas, con las dos heridas en el corazón, caían inmediatamente muertas.

Yo me puse a gritar resueltamente:

– ¡Animo, mis queridos jóvenes!

Muchos se refugiaron junto a mí. Pero el oso, al verme, corrió a mi encuentro. Yo, haciéndome el valiente, avancé unos pasos hacia él. Entretanto algunos jóvenes de los que estaban en el refectorio y que habían vencido ya a las bestias, salieron y se unieron a mí. Aquel príncipe de los demonios se arrojó contra mí y contra ellos, pero no nos pudo herir porque estábamos defendidos por los escudos. Ni siquiera llegó a tocarnos, porque a la vista de los llegados, como espantado y lleno de respeto, huía hacia atrás. Entonces fue cuando, mirando con fijeza aquellos sus dos largos colmillos en forma de espada, vi escritas dos palabras en gruesos caracteres. Sobre uno se leía: *Otium*; y sobre el otro: *Gula*.

Quedé estupefacto y me decía para mí:

-¿Es posible que en nuestra casa, donde todos están tan ocupados, donde hay tanto que hacer, que no se sabe por dónde empezar para librarnos de nuestras ocupaciones, haya quien peque de ocio? Respecto a los jóvenes, me parece que trabajan, que estudian y que en el recreo no pierden el tiempo. Yo no sabía explicarme aquello.

Pero me fue respondido:

– Y con todo, se pierden muchas medias horas.

– ¿Y de la gula?, me decía yo. Parece que entre nosotros no se pueden cometer pecados de gula, aunque uno quiera. No tenemos ocasión de faltar a la templanza. Los alimentos no son regalados, ni tampoco las bebidas. Apenas si se proporciona lo necesario. ¿Cómo pueden darse casos de intemperancia que conduzcan al infierno?

De nuevo me fue respondido:

– ¡Oh, sacerdote! Tú crees que tus conocimientos sobre la moral son profundos y que tienes mucha experiencia; pero de esto no sabes nada; todo constituye para ti una

novedad. ¿No sabes que se puede faltar contra la templanza incluso bebiendo inmoderadamente agua?

Yo, no contento con esto, quise que se me diese una explicación más clara y, como estaba el refectorio aún iluminado por la Virgen, me dirigí lleno de tristeza al Hermano Miguel para que me aclarase mi duda. Miguel me respondió:

¡Ah, querido, en esto eres aún novicio! Te explicaré, pues, lo que me preguntas.

– Respecto de la gula, has de saber que se puede pecar de intemperancia, cuando, incluso en la mesa, se come o se bebe más de lo necesario; se puede cometer intemperancia en el dormir o cuando se hace algo relacionado con el cuerpo, que no sea necesario, que sea superfluo. Respecto al ocio has de saber que esta palabra no indica solamente no trabajar u ocupar o no el tiempo de recreo en jugar, sino también el dejar libre la imaginación durante este tiempo para que piense en cosas peligrosas. El ocio tiene lugar también cuando en el estudio uno se entretiene con otra cosa, cuando se emplea cierto tiempo en lecturas frívolas o permaneciendo con los brazos cruzados contemplando a los demás; dejándose vencer por la desgana y especialmente cuando en la iglesia no se reza o se siente fastidio en los actos de piedad. El ocio es el padre, el manantial, la causa de muchas malas tentaciones y de múltiples males. Tú, que eres director de estos jóvenes, debes procurar alejar de ellos estos dos pecados, procurando avivar en ellos la fe. Si llegas a conseguir de tus muchachos que sean moderados en las pequeñas cosas que te he indicado, vencerán siempre al demonio, y con esta virtud alcanzarán la humildad, la castidad y las demás virtudes. Y si ocupan el tiempo en el cumplimiento de sus deberes, no caerán jamás en la tentación del enemigo infernal y vivirán y morirán como cristianos santos.

Después de haber oído todas estas cosas, le di las

gracias por una tan bella instrucción, y después, para cerciorarme de si era realidad o simple sueño todo aquello, intenté tocarle la mano; pero no lo pude conseguir. Lo intenté por segunda vez y por tercera, pero todo fue inútil: sólo tocaba el aire. Con todo yo veía a todas aquellas personas, las oía hablar, parecían vivas. Me acerqué a don Víctor Alasonatti, a don Domingo Ruffino, a mi hermano, pero no me fue posible tocar la mano a ninguno de ellos.

Yo estaba fuera de mí y exclamé:

– Pero ¿es cierto o no es cierto todo lo que estoy viendo? ¿Acaso éstas no son personas? ¿No los he oído hablar a todos ellos?

El Hermano Miguel me respondió:

– Has de saber, puesto que lo has estudiado, que hasta que el alma no se reúna con el cuerpo, es inútil que intentes tocarme. No se puede tocar a los simples espíritus. Sólo para que los mortales nos puedan ver debemos adoptar la forma humana. Pero cuando todos resucitemos para el Juicio, entonces tomaremos nuevamente nuestros cuerpos inmortales, espiritualizados.

Entonces quise acercarme a la Virgen, que parecía tener algo que decirme. Estaba casi ya junto a Ella, cuando llegó a mis oídos un nuevo ruido, y nuevos y agudos gritos de fuera. Quise salir al momento por segunda vez del comedor; pero, al salir, me desperté.

Así que hubo terminado la narración, añadió estas observaciones y recomendaciones:

«Sea lo que fuere de este sueño, tan variadamente entretejido, lo cierto es que en él se repiten y explican las palabras de san Pablo. Pero fue tan grande el abatimiento y cansancio de fuerzas, que me causó este sueño, que pedí al Señor no permitiese se volviera a repetir en mi mente un sueño semejante; pero hete aquí que, a la noche siguiente, volví a tener el mismo sueño y me tocó ver el final, que no había visto en la noche anterior. Y me agité y grité tanto que don Joaquín Berto, que me oyó, vino a la mañana siguiente a

preguntarme por qué había gritado y si había pasado la noche sin dormir. Estos sueños me cansaron mucho más que si hubiese pasado toda la noche en vela o escribiendo. Como veis, esto es un sueño y no quiero darle autoridad alguna, sino sólo hacer de él el caso que suele hacerse de los sueños, sin ir más allá. Y no quisiera que nadie escribiese a su casa, acá y allá, no sea que los de fuera, que nada saben de las cosas del Oratorio, tengan que decir, como ya han dicho, que don Bosco hace vivir a sus jóvenes de sueños. Pero esto poco me importa; digan lo que quieran. Con todo, saque cada uno del sueño lo que sirve para él. Por ahora no os doy explicaciones, porque es muy fácil de comprender por todos. Lo que os recomiendo muy mucho es que reavivéis vuestra fe, la cual se conserva especialmente con la templanza y la fuga del ocio. Sed enemigos de éste y amigos de aquélla. Otras noches volveré sobre este tema. Entre tanto os deseo buenas noches».

(MB IT XII, 348-356 / MB ES XII, 299-306)

Proyecto Misionero Basilicata – Calabria

Dentro del “Proyecto Europa”, el sur de Italia ha lanzado un nuevo proyecto misionero en las regiones de Calabria y Basilicata, acogiendo a los primeros misioneros “ad gentes”, signo de generosidad misionera y oportunidad de crecimiento en la apertura mundial del carisma de Don Bosco.

Europa como tierra de misión: en una nueva perspectiva misional salesiana, las misiones asumen cada vez menos una connotación geográfica, como movimiento hacia “las tierras de misión”, hoy los misioneros provienen de los cinco continentes y son enviados a los cinco continentes. Este movimiento

misionero multidireccional ya ocurre en muchas diócesis y congregaciones. Con el "Proyecto Europa", los salesianos se han confrontado con este cambio de paradigma misionero, para el cual es necesario un camino de conversión de la mente y del corazón. El "Proyecto Europa", en la idea de don Pascual Chávez, es un acto de coraje apostólico y una oportunidad de renacimiento carismático en el continente europeo que se inserta en el contexto más amplio de la nueva evangelización. El objetivo es comprometer a toda la congregación salesiana en el fortalecimiento del carisma salesiano en Europa, especialmente mediante una profunda renovación espiritual y pastoral de los confraternales y de las comunidades, con el fin de continuar el proyecto de Don Bosco a favor de los jóvenes, especialmente los más pobres.

Las inspectorías salesianas involucradas están llamadas a repensar sus presencias salesianas para una evangelización más efectiva y acorde al contexto actual. Entre ellas, la inspectoría del sur de Italia ha elaborado un nuevo proyecto misionero que involucra las regiones de Basilicata y Campania. Partiendo de un análisis del territorio, se puede constatar cómo el sur de Italia está caracterizado por una presencia bastante consistente de jóvenes, con una natalidad menor en comparación con otras regiones italianas, y cómo la emigración es un fenómeno muy presente que hace que muchos jóvenes se vayan a estudiar o trabajar en otros lugares. Las tradiciones religiosas y familiares, que siempre han constituido un referente identitario importante para la comunidad, son menos relevantes que en el pasado y muchos jóvenes viven la fe como distante de su vida, aunque no se muestran totalmente contrarios a ella. Los Salesianos experimentan una buena adhesión a las experiencias espirituales juveniles, pero, al mismo tiempo, una escasa receptividad a caminos sistemáticos y a propuestas de vida definitivas. Otras problemáticas que afectan al mundo juvenil son el analfabetismo emocional y afectivo, las crisis relacionales de las familias, la deserción escolar y el desempleo. Todo esto alimenta fenómenos

de pobreza generalizada y el crecimiento de organizaciones criminales que encuentran un terreno fértil para involucrar y desviar a los jóvenes.

En este contexto, muchos jóvenes expresan un fuerte deseo de compromiso social, especialmente en ámbitos políticos y ecológicos y en el mundo del voluntariado.

La inspección salesiana en los últimos años ha reflexionado sobre cómo actuar para ser relevante en el territorio y ha tomado varias decisiones importantes, entre las que se encuentra el desarrollo de obras y proyectos para los jóvenes más pobres, como las casas-familia y los centros de día que manifiestan directa y claramente la elección a favor de los jóvenes en riesgo. La atención integral a los jóvenes debe apuntar a una formación no solo teórica para que el joven pueda descubrir o tomar conciencia de sus propias capacidades. Además, se requiere una praxis misionera más valiente para realizar caminos de educación a la fe que ayuden a los jóvenes a realizar el cumplimiento de su vocación cristiana. Todo esto debe realizarse con la participación activa de todos: consagrados, laicos, jóvenes, familias, miembros de la familia salesiana... en un estilo plenamente sinodal que promueva la corresponsabilidad y la participación.

Basilicata y Calabria han sido elegidas como áreas carismáticamente significativas y necesitadas de fortalecimiento y de nuevo impulso educativo-pastoral, territorios en los que apostar abriendo nuevas fronteras pastorales y redimensionando algunas ya presentes. Las presencias salesianas son seis: Potenza, Bova Marina, Corigliano Rossano, Locri, Soverato y Vibo Valentia. ¿Cuáles son los salesianos requeridos para este proyecto misionero? Salesianos dispuestos a trabajar en contextos pobres, populares y populares, con dificultades económicas y a veces falta de estímulos culturales y atentos en particular al primer anuncio. Salesianos que estén bien preparados, a nivel espiritual, salesiano, cultural y carismático. Es necesario

tener bien presente la razón por la cual se ha elaborado este proyecto, es decir, cuidar de Basilicata y Calabria, dos regiones pobres y con pocas propuestas pastorales sistemáticas a favor de los jóvenes más necesitados, en las que el primer anuncio se convierte cada vez más en una necesidad también en contextos de tradición católica. El trabajo educativo-pastoral de los salesianos busca dar esperanza a muchos jóvenes que a menudo se ven obligados a dejar sus hogares y trasladarse hacia el norte en busca de una vida mejor. El contraste de esta realidad con ofertas pastorales y formativas visionarias, en particular la formación profesional, la atención al malestar juvenil, el trabajo con las instituciones para encontrar respuestas se vuelve cada vez más urgente. Además de los salesianos consagrados, este territorio se enriquece con la bella presencia de laicos y miembros de la Familia Salesiana y la iglesia local, así como la realidad social, nutre un gran respeto y consideración hacia los hijos de Don Bosco.

La acogida de nuevos misioneros *ad gentes* es una bendición y un desafío que se inserta en este proyecto pastoral. La inspectoría Italia Meridional (IME) este año ha recibido cuatro misioneros, enviados en la 155ª expedición misionera salesiana. Entre ellos, dos se han convertido en miembros de la nueva delegación inspectorial AKM (Albania, Kosovo, Montenegro), los otros dos han sido destinados al sur de Italia y participarán en el nuevo proyecto misionero del IME para Basilicata y Campania: Henri Mufele Ngankwini y Guy Roger Mutombo, de la República Democrática del Congo (Inspectoría ACC). Para acompañar de la mejor manera a los misioneros que llegan, la Inspectoría IME se compromete a que se sientan en casa y tengan una inserción gradual en la nueva realidad comunitaria y social. Los misioneros son gradualmente introducidos en la historia y la cultura del lugar que se convertirá en su hogar y, desde los primeros días, asisten a cursos de lengua y cultura italiana, por un período de al menos dos años, que les ayudará para una plena inculturación.

Paralelamente, son introducidos en los procesos formativos y dan los primeros pasos en la acción educativo-pastoral inspectorial con los jóvenes y los chicos. Una dimensión fundamental es la atención al camino espiritual personal: a cada misionero se le garantizan momentos adecuados de oración personal y comunitaria, el acompañamiento y la guía espiritual, la confesión, preferiblemente en un idioma que ellos comprendan, y tiempos de actualización y formación. En una fase posterior, al misionero se le garantiza la formación continua para una inserción aún más plena en las dinámicas inspectorias, manteniendo algunas atenciones específicas. La experiencia misionera será evaluada periódicamente para identificar puntos fuertes, debilidades y eventuales correcciones, en un espíritu fraterno.

Como nos recuerda don Alfred Maravilla, Consejero General para las Misiones, “ser misioneros en una Europa secularizada plantea notables desafíos internos y externos. La buena voluntad no es suficiente”. “Mirando hacia atrás con los ojos de la fe, nos damos cuenta de que a través del lanzamiento del ‘Proyecto Europa’ el Espíritu estaba preparando a la Sociedad Salesiana para enfrentar la nueva realidad de Europa, de modo que pudiéramos ser más conscientes de nuestros recursos y también de los desafíos, y con esperanza para relanzar el carisma salesiano en el Continente”.

Oremos para que en las regiones de Basilicata y Calabria la presencia salesiana esté inspirada por el Espíritu para el bien de los jóvenes más necesitados.

Marco Fulgaro

La “noche buena”

Una noche, Don Bosco, entristecido por cierta indisciplina general que se notaba en el Oratorio de Valdocco entre los muchachos que estaban dentro, vino, como de costumbre, a decirles unas palabras después de la oración de la tarde. Se detuvo un momento en silencio sobre el pequeño pupitre, en la esquina de los soportales, donde solía dar a los jóvenes las llamadas “*Buenas noches*”, que consistían en un breve sermón vespertino. Mirando a su alrededor, dijo:

– *No estoy contento con vosotros. Es todo lo que puedo decir esta noche.*

Y descendió de su silla, escondiendo las manos en las mangas de su túnica, para no dejarse besar, como solían hacer los jóvenes antes de irse a descansar. Luego subió lentamente las escaleras hasta su habitación sin decir palabra a nadie. Aquella manera suya producía un efecto mágico. Se oyeron algunos sollozos reprimidos entre los jóvenes, muchos rostros se llenaron de lágrimas y todos se fueron a dormir pensativos, convencidos de haber disgustado no sólo a Don Bosco, sino también al Señor (MB IV, 565).

El toque de la tarde

El salesiano Don Juan Gnolfo en su estudio: *Las “Buenas Noches”* de Don Bosco, señala que la mañana es el despertar de la vida y de la actividad, la tarde en cambio es propicia para sembrar en la mente de los jóvenes una idea que germina en ellos incluso en el sueño. Y con una atrevida comparación se refiere incluso al “tañido vespertino” de Dante:

*Era ya la hora que vuelve el deseo
a los marineros y enternece el corazón...*

Es precisamente a la hora de la oración vespertina cuando Alighieri describe, de hecho, en el octavo Canto del «Purgatorio», a los Reyes en un pequeño valle mientras cantan el himno de la Liturgia de las Horas *Te lucis ante terminum...*

(Antes que termine la luz, oh Dios, te buscamos, para que nos guardes).

¡Momento entrañable y sublime el de las “*Buenas noches*” de Don Bosco! Comenzaba con la alabanza y la oración de la noche y terminaba con sus palabras que abrían el corazón de sus hijos a la reflexión, a la alegría y a la esperanza. Realmente le importaba ese encuentro nocturno con toda la comunidad de Valdocco. El P. G. B. Lemoyne remonta su origen a Mamá Margarita. La buena madre, al acostar al primer niño huérfano que llegó de Val Sesia, le hizo algunas recomendaciones. De ahí derivaría en los colegios salesianos la hermosa costumbre de dirigir breves palabras a los jóvenes antes de enviarlos a descansar (MB III, 208-209). Don E. Ceria, citando las palabras del Santo al recordar los primeros tiempos del Oratorio: “*Comencé a dar un sermón muy breve por la noche después de las oraciones*” (MO, 205), piensa más bien en una iniciativa directa de Don Bosco. Sin embargo, si el P. Lemoyne aceptó la idea de algunos de los primeros discípulos, fue porque pensó que las «Buenas Noches» de Mamá Margarita cumplían emblemáticamente el propósito de Don Bosco al introducir esa costumbre (Anales III, 857).

Características de las “Buenas Noches”

Una característica de las “*Buenas Noches*” de Don Bosco era el tema que trataba: un hecho de actualidad que impactara, algo concreto que creara *suspense* y permitiera también preguntas de los oyentes. A veces él mismo hacía preguntas, estableciendo así un diálogo muy atractivo para todos.

Otras características eran la variedad de temas tratados y la brevedad del discurso para evitar la monotonía y el consiguiente aburrimiento de los oyentes. Sin embargo, Don Bosco no siempre era breve, sobre todo cuando relataba sus famosos sueños o los viajes que había realizado. Pero solían ser discursos de pocos minutos.

No se trataba, en definitiva, ni de sermones ni de lecciones escolares, sino de breves palabras afectuosas que el

buen padre dirigía a sus hijos antes de enviarlos a descansar.

Las excepciones a la regla causaban, por supuesto, una enorme impresión, como ocurrió la tarde del 16 de septiembre de 1867. Después de haber intentado todos los medios de corrección por parte de los superiores, algunos muchachos resultaron ser incorregibles y constituían un escándalo para sus compañeros.

Don Bosco tomó la pequeña cátedra. Comenzó citando el pasaje evangélico en el que el Divino Salvador pronuncia palabras terribles contra los que escandalizan a los niños. Recordó las serias amonestaciones que había hecho repetidamente a aquellos escandalosos, los beneficios que habían obtenido en el colegio, el amor paterno con que se les había rodeado, y luego continuó:

“Ellos creen que no son conocidos, pero yo sé quiénes son y podría nombrarlos en público. Si no los nombro, no piensen que no soy plenamente consciente de ellos... Que, si quisiera nombrarlos, podría decir: Eres tú, o A... (y pronunciar nombre y apellido) un lobo que merodea entre sus camaradas y los aleja de los superiores ridiculizando sus advertencias... Eres tú, oh B... un ladrón que con tus discursos mancha la inocencia de los demás... Eres tú, oh C... un asesino que con ciertas figuras, con ciertos libros, arranca a sus hijos del lado de María... Eres tú o D... un demonio que estropea a sus compañeros y les impide asistir a los Sacramentos con tus burlas...”

Se nombraron seis. La voz de Don Bosco era tranquila. Cada vez que pronunciaba un nombre, se oía un grito ahogado del culpable que resonaba en medio del hosco silencio de los atónitos compañeros.

Al día siguiente, algunos fueron enviados a casa. Los que se quedaron cambiaron de vida: ¡el “buen padre” Don Bosco no era un buen hombre! Y excepciones de este tipo confirman la regla de su «Buenas noches».

La clave de la moralidad

No en vano, un día de 1875, Don Bosco, ante

quienes se asombraban de que en el Oratorio no hubiera ciertos desórdenes de los que se quejaban en otros colegios, enumeró los secretos puestos en práctica en Valdocco, y entre ellos señaló el siguiente: *“Un poderoso medio de persuasión para el bien es dirigir a los jóvenes, cada noche después de las oraciones, dos palabras confidenciales. Así se corta la raíz de los desórdenes incluso antes de que surjan”* (MB XI, 222).

Y en su precioso documento *El Sistema Preventivo en la Educación de la Juventud*, dejó escrito que las “Buenas Noches” del Director de la Casa podían llegar a ser “la clave de la moralidad, de la buena marcha y del éxito en la educación” (*Constituciones de la Sociedad de San Francisco de Sales*, p. 239-240).

Don Bosco hacía que sus jóvenes vivieran el día entre dos momentos solemnes, aunque fueran muy diferentes, por la mañana la Eucaristía, para que el día no apagara su ardor juvenil, por la tarde las oraciones y las “Buenas Noches” para que antes de dormir reflexionaran sobre los valores que iluminarían la noche.

San Francisco, promotor de la cultura

Como pastor de una diócesis compuesta en su inmensa mayoría por aldeanos y montañeses analfabetos, herederos de una “cultura” ancestral y práctica, Francisco de Sales fue también el promotor de una cultura erudita entre la élite intelectual. Para transmitir su mensaje, comprendió que debía conocer a su público y tener en cuenta sus necesidades y gustos. Cuando le hablaba a la gente, y especialmente cuando escribía para gente educada, su método era el que estableció

en el Prefacio de su «Teótimo»: «Por supuesto, tomé en consideración la condición de las mentes de este siglo, y tuve que hacerlo: es muy importante considerar la edad en la que uno escribe».

Francisco de Sales y la cultura popular

Nacido en el seno de una familia noble con fuertes lazos con la tierra, Francisco de Sales nunca fue ajeno a la cultura popular. El entorno en el que creció ya le ponía en estrecho contacto con el pueblo llano, hasta el punto de que él mismo se colocaba de buen grado entre los «grandes montañeses» cuando se levantaban por la mañana. Durante sus visitas pastorales, utilizaba el patois, hablando coloquialmente “la lengua grosera del país para hacerse oír mejor”. En cualquier caso, es seguro que el contacto directo con el conjunto de la población imprimió a su experiencia pastoral una tonalidad concreta y cálida.

Los autores que se ocuparon de la transmisión de la cultura popular en esta época subrayan, además, que no existían fronteras rigurosas entre mensaje religioso y cultura popular, dado que elementos extranjeros se fusionaban espontáneamente con la religión enseñada oficialmente. Como es sabido, la cultura popular se expresa mucho mejor en forma narrativa que escrita. Hay que recordar que un cierto porcentaje de la población no sabía leer y la mayoría no sabía escribir. En general, los ancianos, los sabios y los hombres sabían leer, mientras que los niños, la gente común y las mujeres eran analfabetos.

En cualquier caso, los libros expuestos en las librerías o en los vendedores ambulantes estaban haciendo su aparición, no sólo en las ciudades, sino también en los pueblos. Esta producción de folletos baratos debió ser necesariamente muy variada, dependiendo probablemente en gran medida de la literatura popular, que aún transmitía una sensibilidad medieval: vidas de santos, novelas de caballerías, historias de bandoleros o almanaques con sus previsiones meteorológicas y sus consejos para los seres

humanos y los animales. Pero también iban llegando producciones más modernas: novelas, tal vez incluso manuales de buenas costumbres, o incluso obras de piedad en la línea del Concilio de Trento.

Pero la cultura popular también se transmitía a través de reuniones cotidianas y en las fiestas, cuando íbamos a beber y comer juntos a tabernas y fondas, en particular, con motivo de bodas, bautizos, funerales y hermandades, durante bailes y tiouvivos festivos, en ferias y mercados. Francisco de Sales tal vez prestó un buen servicio a la sociedad al no prohibir sistemáticamente todas las manifestaciones de convivencia y entretenimiento público, limitándose a imponer restricciones a los eclesiásticos, a los que se les exigía mantener una cierta reserva.

Sabiduría y habilidad

Francisco de Sales, comprensivo observador de la naturaleza y de las personas, aprendió mucho de su contacto. Son los agricultores y quienes trabajan la tierra quienes le han dicho que “cuando nieva lo suficiente en invierno, la cosecha será mejor el año siguiente”. En cuanto a los pastores y pastores de montaña, el cuidado que tienen de sus rebaños y manadas es un ejemplo de celo “pastoral”.

En el mundo de los oficios, Francisco de Sales pudo observar a menudo de cerca sus admirables habilidades: “Los agricultores siembran los campos sólo después de haberlos arado y limpiado de arbustos espinosos; los albañiles utilizan las piedras sólo después de haberlas escuadrado; los herreros sólo trabajan el hierro después de golpearlo; Los orfebres cincelan el oro sólo después de purificarlo en el crisol”.

No falta el humor en determinadas historias que cuenta. Desde la antigüedad, los barberos han tenido fama de ser grandes conversadores; a alguien que le preguntó a un rey: ¿cómo quieres que te corte la barba? él respondió: “Sin decir una palabra”. ¿A quién se le debe dar crédito por la elegancia al vestir? Si uno “se enorgullece de estar bien

vestido”, “¿quién no ve que esa gloria, si la hay, pertenece al sastre y al zapatero?”. Con su trabajo el carpintero hace pequeños milagros y “quien no sabe nada de incrustaciones, al ver baúles retorcidos en un taller de carpintería, se sorprendería al saber que de un baúl así se puede obtener una verdadera obra maestra”. Incluso los vidrieros se asombran al verlos crear objetos maravillosos con el aliento de sus bocas

El arte de la tipografía era, pues, objeto de su gran admiración, aunque en él los motivos religiosos prevalecían sobre cualquier otra consideración, como se desprende de una carta en italiano aproximado que escribió al nuncio de Turín en mayo de 1598:

“Fra l ‘Otras cosas necesarias, una es que haya una impresora en los anexos. Los haeréticos envían cada hora libritos muy pestilentes, y muchas obras católicas quedan en manos de los autores porque no pueden enviarlas con seguridad a Lyon y no tienen las instalaciones de una imprenta”.

El Arte y los artistas

En el ámbito de las artes, el triunfo del Renacimiento brilló en obras inspiradas en la antigüedad. Francisco de Sales pudo contemplarlos durante sus estancias en Francia e Italia. En Roma, durante su viaje de 1599, pudo admirar la estupenda cúpula de San Pedro, terminada sólo unos años antes: “El palacio, la basílica, el monumento de San Pedro son grandes”.

La escultura clásica era entonces objeto de tal admiración, escribe Francisco de Sales, que incluso “se conservan fragmentos de estatuas antiguas para recordar la antigüedad”. Él mismo nombra a varios escultores antiguos, empezando por Fidias, este artista, que “nunca representó nada tan perfecto como las divinidades”. Aquí está Policleteo, “mi Policleteo, tan querido para mí”, afirmó, que con “su mano maestra” transfiguró el bronce. Recuerda también el Coloso de Rodas, símbolo de la divina providencia, en el que no hay “ni cambio ni sombra de vicisitud”.

Y ahora aquí están los pintores famosos nombrados por Plinio y Plutarco: Arelio, que “pintó todos los rostros de sus retratos a semejanza de las mujeres que amaba”; Apeles, pintor ‘único’, preferido por Alejandro Magno; Timante, que cubrió con un velo la cabeza de Agamenón porque desesperaba de poder expresar plenamente la consternación pintada en su rostro al ver a su hija Ifigenia”; Zeuxis, que pintaba uvas con maestría, de modo que “los pájaros creían que las uvas pintadas eran uvas reales, tanto había imitado el arte a la naturaleza”.

Percibimos en Francesco de Sales un aprecio real por la belleza de la obra de arte como tal, y al mismo tiempo la capacidad de comunicar sus emociones a los lectores. ¿No sería la pintura un arte divino? La palabra de Dios no se sitúa sólo a nivel del oído, sino también a nivel de la vista y de la contemplación estética: “Dios es el pintor, nuestra fe es la pintura, los colores son la palabra de Dios, el pincel es la Iglesia”.

Se sintió especialmente atraído por la pintura religiosa, muy recomendada por su antiguo director espiritual Possevino, que le envió su “encantadora obra” *De poesi et pictura*. Él mismo se consideraba pintor, porque, escribió en el prefacio de la *Filotea*, “Dios quiere que pinte en los corazones de la gente no sólo las virtudes comunes, sino también su muy querida y amada devoción”.

Francisco de Sales también amaba el canto y la música. Sabemos que hacía cantar himnos durante las clases de catecismo, pero nos gustaría saber qué se cantaba en su catedral. ¡Una vez, en una carta, al día siguiente de una ceremonia en la que se había cantado un texto del *Cantar de los Cantares*, exclamó: “¡Ah! qué bien se cantó ayer en nuestra iglesia y en mi corazón!” Conocía y apreciaba las diferencias entre los instrumentos: “Entre los instrumentos, los tambores y las trompetas hacen más ruido, pero los laúdes y las espinetas hacen más melodía; el sonido de unos es más fuerte, y el de los otros más suave y espiritual”.

La Academia “florimontana” (1606)

“La ciudad de Annecy – escribió pomposamente su sobrino Charles-Auguste de Sales – bajo un prelado tan famoso como Francisco de Sales y bajo un presidente tan ilustre como Antoine Favre era comparable a la ciudad de Atenas, y estaba entonces habitada por un gran número de médicos, tanto teólogos como de juristas y de eminentes literatos”.

Nos hemos preguntado cómo pudo surgir en el espíritu de Francisco la idea de fundar una academia llamada «florimontana» con su amigo Antoine Favre, a finales de 1606, “porque las musas florecen en las montañas de Saboya”. Hay que ver en él el fruto de la amistad que unía al obispo y al jurisconsulto, y el resultado de su íntima colaboración. Sus contactos con Italia probablemente no estuvieron ajenos a esta comprensión. Nacidas en Italia a finales del siglo XIV, las academias se habían generalizado. Entre ellas destacó la Academia Platónica de Florencia, animada por Marsilio Ficino, cuya influencia es reconocible en el autor del Teótimo. En Turín existía la Academia “papiniana”, de la que Antoine Favre había sido miembro. Tampoco hay que olvidar que los calvinistas de Ginebra tenían el suyo propio, y esto debió pesar mucho a la hora de crear un “rival” católico.

La Academia de Annecy tenía su emblema: un naranjo, árbol admirado por Francisco de Sales, porque está lleno de flores y frutos en todas las estaciones (*flores fructusque perennes*). De hecho, explicó Francisco, “en Italia, en la costa de Génova, y también en los países de Francia, como Provenza, a lo largo de las costas, en todas las estaciones se pueden ver cubiertas de hojas, flores y frutos”.

El programa de los encuentros era enciclopédico, ya que según los Estatutos “las lecciones serán de teología, de política, de filosofía, de retórica, de cosmografía, de geometría o de aritmética”. En cualquier caso, se prestó especial atención a las letras y a la belleza formal. Un artículo de los Estatutos decía: “El estilo al

hablar o leer será serio, refinado, elegante y evitará toda forma de pedantería”.

La Academia estaba formada por científicos y profesores reconocidos, pero también se impartían cursos públicos que la convertían en una especie de pequeña universidad popular. De hecho, había asambleas generales en las que podían participar “todos los buenos maestros de las artes honestas, como pintores, escultores, carpinteros, arquitectos y similares”.

Está claro que el objetivo de los dos fundadores era reunir a la élite intelectual de Saboya y poner las letras y las ciencias al servicio de la fe y la piedad, según el ideal del humanismo cristiano. Las sesiones se llevaron a cabo en la casa de Antoine Favre, donde su esposa e hijos se ocuparon de recibir a los invitados. Por tanto, la atmósfera parecía algo familiar. Por otra parte, decía un artículo, “todos los académicos estarán unidos entre sí por el amor mutuo y fraternal”.

Entre los académicos o miembros correspondientes de la Academia destacó el abad comendatario de Hautecombe, Alfonso Delbene, descendiente de una numerosa familia de Florencia, amigo de Giusto Lipsio y de Ronsard que le dedicó su *Arte Poético*; ha sido calificado como un puente entre la cultura italiana y la cultura francesa.

Los inicios de la Academia fueron brillantes y parecían prometedores. Según Charles-Auguste de Sales, el primer año se abrió con “el curso de matemáticas con la *Aritmética* de Jacques Pelletier, los *Elementos* de Euclides, la esfera y la cosmografía con sus partes, la geografía, la hidrografía, la corografía y la topografía; seguido del arte de la navegación y la teoría de los planetas, y finalmente la música teórica”. Por lo demás, lo que se sabe es poco.

En 1610, tres años después del comienzo, Antoine Favre fue nombrado presidente del Senado de Saboya y partió hacia Chambéry. El obispo, por su parte, ciertamente no podía mantener solo la Academia Florimont, que decayó y desapareció.

Sin embargo, si su existencia fue efímera, su influencia fue duradera. El proyecto cultural que le había dado origen fue retomado por los barnabitas, que llegaron al colegio de Annecy en 1614.

¿Un asunto Galileo en Annecy?

El colegio de Annecy contaba con una celebridad en la persona del padre Redento Baranzano, un bernabita piamontés conquistado por las nuevas teorías científicas, un profesor brillante que despertaba la admiración e incluso el entusiasmo de los estudiantes. En 1617 se publicó, sin autorización de sus superiores, un resumen de sus cursos bajo el título *Uranoscopia*, donde desarrolló el sistema planetario de Copérnico, así como las ideas de Galileo. El libro pronto causó revuelo hasta el punto de que sus superiores llamaron al autor a Milán. En septiembre de 1617, Francisco de Sales escribió una carta en italiano al general de los bernabitas para defender al interesado a nivel personal, sin mencionar sus ideas, para que pudiera ser restituido a sus funciones.

El deseo del obispo se cumplió: el padre Baranzano regresó a Annecy a finales de octubre del mismo año. A finales de noviembre, el obispo expresó su satisfacción al superior general. El religioso publicó un nuevo folleto en 1618 como señal de buena voluntad, pero no parece que haya renunciado a sus ideas.

En 1619, el erudito bernabita publicó en Lyon las *Novae opiniones physicae*, primer volumen de la segunda parte de una ambiciosa *Summa philosophica anneciensis*. El obispo había dado su aprobación oficial a «esta obra erudita de un hombre erudito» y autorizó su impresión. El canónigo que, a petición del obispo, la examinó, consideró que la obra no contenía «nada contrario a la fe, a las enseñanzas de la Iglesia católica y a las buenas costumbres», y que presentaba «a todo amante de la filosofía una Doctrina filosófica muy digna, valiosa por su clara articulación, singular

minuciosidad, agradable brevedad, erudición poco común y, en su materia, muy rara”.

Cabe señalar que Baranzano adquirió fama internacional y que estuvo en contacto con Francis Bacon, el impulsor inglés de la reforma de la ciencia, junto con el astrónomo alemán Giovanni Kepler, y con el propio Galileo. Fue la época en la que se inició imprudentemente un proceso contra estos últimos, con el fin de salvaguardar, se pensaba, la autoridad de la Biblia comprometida por las nuevas teorías sobre la rotación de la Tierra alrededor del Sol. Mientras que el cardenal Belarmino estaba preocupado por el daño de las nuevas teorías, para Francisco de Sales no podía haber contradicciones entre razón y fe. ¿Y no era el sol el símbolo del amor celestial, alrededor del cual todo se mueve, y el centro de la devoción?

La alta cultura y la teología

Francisco también se mantuvo informado de los temas abordados en los libros de teología a medida que iban apareciendo. Después de haber «visto con sumo placer» un borrador de la *Summa di theologia* de un padre cisterciense, envió algunos consejos por escrito al autor. En su opinión, es necesario eliminar “todas las palabras excesivamente escolásticas”, “superfluas” e “inapropiadas” utilizadas en la Suma para no hacerla “demasiado grande” y garantizar que sea “todo jugo y pulpa”, haciéndola así «más nutritiva y apetecible”; luego sugirió “dar más espacio a las cuestiones realmente importantes sobre las que es necesario educar mejor al lector” y, finalmente, no tener miedo de utilizar un “estilo afectivo”, es decir, capaz de emocionar. Más tarde, escribiendo a uno de sus sacerdotes que se dedicaba a los estudios literarios y eruditos, le dio más o menos las mismas recomendaciones: “Debo decirle que los conocimientos que voy adquiriendo cada día, más que los estados de ánimo del mundo, me llevan a Espero apasionadamente que la bondad divina inspire a algunos de sus servidores a escribir según el gusto de este pobre mundo”.

Escribir “según el gusto de este pobre mundo” suponía que se permitía utilizar ciertos medios capaces de despertar el interés del lector de la época:

En verdad, Señor, somos pescadores y pescadores de hombres. Por tanto, debemos utilizar para esta pesca no sólo los cuidados, los esfuerzos y las vigilias, sino también el cebo, la industria, los acercamientos y, si es legítimo expresarlo así, las santas artimañas. El mundo se está volviendo tan delicado que, pronto, nadie se atreverá a tocarlo sino con guantes almizclados, ni a curar sus heridas más que con cataplasmas de algalia; pero ¿qué importa si los hombres son sanados y finalmente salvos? Nuestra reina, la caridad, hace todo por sus hijos.

Otro defecto, especialmente entre los teólogos, fue la falta de claridad; esto le hizo querer escribir en la portada de determinadas obras: *¡Fiat lux!*

Un escritor lleno de proyectos

Hacia el final de su vida todavía tenía numerosos proyectos en mente. Michel Favre afirmó que Francisco tenía la intención de escribir un tratado titulado *Sobre el amor al prójimo*, así como una *Historia teándrica* en cuatro libros: una traducción vernácula de los cuatro evangelios en forma de concordancia; una demostración de los puntos principales de la fe de la Iglesia Católica; una educación sobre las buenas costumbres y la práctica de las virtudes cristianas»; finalmente una historia de los *Hechos de los Apóstoles*. Todavía tenía a la vista un *Libro sobre los cuatro amores*, en el que prometía enseñar cómo debemos amar a Dios, a nosotros mismos, a nuestros amigos y a nuestros enemigos.

Ninguno de estos volúmenes verá la luz del día. “Moriré como esas mujeres embarazadas – escribió – que no dan a luz lo que han concebido”. Su “filosofía” era la siguiente: “Es necesario asumir más compromisos de los que uno

sabe cumplir y como si tuviera que vivir mucho tiempo, sin preocuparse, sin embargo, de hacer más de lo que uno haría, sabiendo que Tendrá que morir al día siguiente.”

Don Bosco y la música

Para la educación de sus jóvenes, Don Bosco utilizaba mucho la música. Ya de niño le gustaba cantar. Como tenía una hermosa voz, el señor John Robert, cantor principal de la parroquia, le enseñó a cantar todavía. En pocos meses, Giovanni pudo entrar en la orquesta e interpretar partes musicales con excelentes resultados. Al mismo tiempo, empezó a practicar la «spinetta», que era el instrumento de cuerda pulsada con teclado, y también el violín (MB I, 232).

Sacerdote en Turín, ejerció de profesor de música de sus primeros oratorianos, formando poco a poco verdaderos coros que atraían con sus cantos la simpatía de los oyentes.

Tras la apertura del hospicio, puso en marcha una escuela de canto gregoriano y, con el tiempo, también llevó a sus jóvenes cantores a iglesias de la ciudad y de fuera de Turín para que interpretaran su repertorio.

Compuso alabanzas sagradas como la del Niño Jesús, «*Ah, cantemos al son del júbilo...*». También inició a algunos de sus discípulos en el estudio de la música, entre ellos Don Giovanni Cagliero, que más tarde se hizo famoso por sus creaciones musicales, ganándose la estima de los expertos. En 1855 Don Bosco organizó la primera banda instrumental en el Oratorio.

Sin embargo, ¡no iba con el buen Don Bosco! Ya en los años sesenta incluyó en uno de sus Reglamentos un capítulo sobre las escuelas nocturnas de música en el que decía, entre otras cosas:

«*A todo alumno músico se le exige una promesa formal de no ir*

a cantar o tocar en teatros públicos, ni en ninguna otra diversión en la que la Religión y las buenas costumbres pudieran verse comprometidas» (MB VII, 855).

Música para niños

A un religioso francés que había fundado un Oratorio festivo y le preguntó si era conveniente enseñar música a los niños, le respondió: «*iUn Oratorio sin música es como un cuerpo sin alma!*». (MB V, 347).

Don Bosco hablaba bastante bien el francés, aunque con cierta libertad gramatical y de expresión. A este respecto fue famosa una de sus respuestas sobre la música de los muchachos. El abad L. Mendre de Marsella, coadjutor de la parroquia de San José, le apreciaba mucho. Un día, se sentó a su lado durante un entretenimiento en el Oratorio de San León. Los pequeños músicos hacían de vez en cuando el taco. El abad, que sabía mucho de música, freía y chasqueaba cada desafinación. Don Bosco le susurró al oído en su francés: «*Monsieur Mendre, la musique de les enfants elle s'écoute avec le coeur et non avec les oreilles* » (Señor Abad Mendre, la música de los niños se escucha con el corazón y no con los oídos). Más tarde, el abad recordó esa respuesta innumerables veces, revelando la sabiduría y la bondad de Don Bosco (MB XV, 76 n.2).

Todo esto no significa, sin embargo, que Don Bosco antepusiera la música a la disciplina en el Oratorio. Era siempre afable, pero no pasaba fácilmente por alto las faltas de obediencia. Durante algunos años había permitido a los jóvenes miembros de la banda dar un paseo y almorzar en el campo el día de Santa Cecilia. Pero en 1859, debido a algunos incidentes, empezó a prohibir tales diversiones. Los jóvenes no protestaron abiertamente, pero la mitad de ellos, incitados por un jefe que les había prometido obtener el permiso de Don Bosco, y esperando la impunidad, decidieron salir del Oratorio de todos modos y organizar un almuerzo por su cuenta antes de la fiesta de Santa Cecilia. Habían tomado esta decisión pensando que Don Bosco no se daría cuenta y no tomaría

medidas. Así que fueron, en los últimos días de octubre, a comer a una posada cercana. Después de comer vagaron de nuevo por la ciudad y por la noche volvieron a cenar en el mismo lugar, regresando a Valdocco medio borrachos ya entrada la noche. Sólo el señor Buzzetti, invitado en el último momento, se había negado a unirse a aquellos desobedientes y avisó a Don Bosco. Éste declaró tranquilamente disuelta la banda y ordenó a Buzzetti que recogiera y guardara bajo llave todos los instrumentos y pensara en nuevos alumnos para iniciar la música instrumental. A la mañana siguiente, mandó llamar uno por uno a todos los músicos díscolos, lamentando ante cada uno de ellos que le hubieran obligado a ser muy estricto. Luego los devolvió a sus parientes o tutores, recomendando a algunos más necesitados a los talleres de la ciudad. Sólo uno de aquellos chicos traviosos fue aceptado más tarde, porque Don Rua aseguró a Don Bosco que era un muchacho inexperto que se había dejado engañar por sus compañeros. ¡Y Don Bosco lo mantuvo a prueba durante algún tiempo!

Pero con las penas no hay que olvidar los consuelos. El 9 de junio de 1868 fue una fecha memorable en la vida de Don Bosco y en la historia de la Congregación. La nueva Iglesia de María Auxiliadora, que él había construido con inmensos sacrificios, fue finalmente consagrada. Los asistentes a las solemnes celebraciones se sintieron profundamente conmovidos. Una multitud desbordante abarrotaba la hermosa iglesia de Don Bosco. El Arzobispo de Turín, Mons. Riccardi, celebró el rito solemne de la consagración. En el oficio vespertino del día siguiente, durante las Vísperas Solemnes, el coro de Valdocco entonó la gran antífona musicada por el P. Cagliero: *Sancta Maria succurre miseris*. La multitud de fieles estaba entusiasmada. Tres poderosos coros lo habían interpretado a la perfección. Ciento cincuenta tenores y bajos cantaron en la nave cerca del altar de San José, doscientos sopranos y contraltos se situaron en lo alto de la barandilla bajo la cúpula, un tercer coro, formado por otros cien tenores y bajos, se situó en la orquesta que entonces daba a la parte trasera de la iglesia. Los tres coros, conectados por un

dispositivo eléctrico, mantenían la sincronía a las órdenes del Maestro. El biógrafo, presente en la representación, escribió más tarde:

En el momento en que todos los coros lograron una armonía, se produjo una especie de hechizo. Las voces se enlazaron y el eco las lanzó en todas direcciones, de modo que el público se sintió inmerso en un mar de voces, sin poder discernir cómo y de dónde procedían. Las exclamaciones que entonces se oyeron indicaban cómo todos se sentían subyugados por tan alta maestría. El mismo Don Bosco no podía contener su intensa emoción. Y él, que nunca en la iglesia, durante la oración, se permitía decir una palabra, dirigió sus ojos húmedos de lágrimas a un canónigo amigo suyo y en voz baja le dijo: «Querido Anfossi, ¿no crees que estás en el Paraíso?» (MB IX, 247-248).

Halloween: ¿una fiesta para celebrar?

Los sabios nos dicen que para comprender un acontecimiento hay que saber cuál es su origen y cuál es su finalidad. Este es también el caso del fenómeno ya muy extendido de Halloween, que más que una fiesta para celebrar es un acontecimiento sobre el que reflexionar. Se trata de evitar la celebración de una cultura de la muerte que nada tiene que ver con el cristianismo.

Halloween, en su versión actual, es una fiesta que tiene su origen comercial en Estados Unidos y se ha extendido por todo el mundo en las últimas tres décadas. Se celebra la noche entre el 31 de octubre y el 1 de noviembre y tiene algunos

símbolos propios:

- **Los disfraces:** vestirse con ropas terroríficas para representar personajes fantásticos o criaturas monstruosas.
- **Calabazastalladas:** la tradición de tallar calabazas, insertando una luz en su interior para hacer lámparas (*Jack-o'-lantern*).
- **Truco o treta:** costumbre de llamar a las puertas de las casas y pedir caramelos a cambio de la promesa de no hacer bromas («*Trick or treat?*»).

Parece ser una de las fiestas comerciales cultivadas a propósito por algunos interesados para aumentar sus ingresos. De hecho, en 2023 sólo en Estados Unidos se gastaron 12.200 millones de dólares (según la National Retail Federation) y en el Reino Unido unos 700 millones de libras (según analistas de mercado). Estas cifras también explican la amplia cobertura mediática, con verdaderas estrategias para cultivar el evento, convirtiéndolo en un fenómeno de masas y presentándolo como una diversión casual, un juego colectivo.

Origen

Si vamos a buscar los inicios de *Halloween* – porque toda cosa contingente tiene su principio y su fin – nos encontramos con que se remonta a las creencias paganas politeístas del mundo celta.

El antiguo pueblo de los celtas, un pueblo nómada que se extendió por toda Europa, supo conservar mejor su cultura, su lengua y sus creencias en las Islas Británicas, más aún, en Irlanda, en la zona donde nunca había llegado el Imperio Romano. Una de sus fiestas paganas, llamada *Samhain*, se celebraba entre los últimos días de octubre y los primeros de noviembre y era el «año nuevo» que abría el ciclo anual. Como en esa época la duración del día disminuía y la de la noche aumentaba, se creía que la frontera entre el mundo de los vivos y el de los muertos se hacía más fina, lo que permitía que las almas de los difuntos regresaran a la tierra (también en forma de animales) y también que entraran los espíritus

malignos. Por eso se utilizaban máscaras aterradoras para confundir o ahuyentar a los espíritus, para no ser tocados por su influencia maligna. La celebración era obligatoria para todos, comenzaba por la noche y consistía en ritos mágicos, fuegos rituales, sacrificios de animales y probablemente también sacrificios humanos. En esas noches, sus sacerdotes druidas iban a cada casa para recibir algo de la gente para sus sacrificios, bajo pena de maldiciones.

La costumbre de tallar un nabo en forma de cara monstruosa, colocar una luz en su interior y colocarlo en el umbral de las casas, dio lugar con el tiempo a una leyenda que explica mejor su significado. Se trata de la leyenda del herrero irlandés *Stingy Jack*, un hombre que engaña varias veces al diablo y, al morir, no es recibido ni en el cielo ni en el infierno. Estando en tinieblas y obligado a buscar un lugar para su descanso eterno, pidió y recibió del diablo un tronco ardiendo, que metió dentro de un nabo que llevaba consigo, creando una linterna, la *Jack-o'-lantern*. Pero no encontró descanso y sigue vagando hasta hoy. La leyenda quiere simbolizar las almas condenadas que vagan por la tierra y no encuentran descanso. Esto explica la costumbre de colocar un feo nabo delante de la casa, para infundir miedo y ahuyentar a las almas errantes que pudieran acercarse esa noche.

El mundo romano también tenía una fiesta similar, llamada *Lemuria* o *Lemuralia*, dedicada a alejar a los espíritus de los muertos de las casas; se celebraba los días 9, 11 y 13 de mayo. Los espíritus se llamaban «lémures» (la palabra «lémur» procede del latín *larva*, que significa «fantasma» o «máscara»). Se creía que estas celebraciones estaban asociadas a la figura de Rómulo, fundador de Roma, de quien se dice que instituyó los ritos para apaciguar el espíritu de su hermano Remo, al que mató; sin embargo, parece que la fiesta se instituyó en el siglo I d.C.

Este tipo de celebración pagana, que también se encuentra en otras culturas, refleja la conciencia de que la vida continúa

después de la muerte, aunque esta conciencia esté mezclada con muchos errores y supersticiones. La Iglesia no quiso negar esta semilla de verdad que, de una forma u otra, estaba en el alma de los paganos, sino que trató de corregirla.

En la Iglesia, el culto a los mártires ha estado presente desde el principio. Alrededor del siglo IV d.C., la conmemoración de los mártires se celebraba el primer domingo después de Pentecostés. En 609 d.C., el Papa Bonifacio IV trasladó esta conmemoración a la fiesta de Todos los Santos, el 13 de mayo. En el año 732, el Papa Gregorio III volvió a trasladar la fiesta de Todos los Santos (en inglés antiguo «*All Hallows*») al 1 de noviembre, y el día anterior pasó a llamarse *All Hallows' Eve* (Vigilia de Todos los Santos), de donde deriva la forma abreviada *Halloween*.

La proximidad inmediata de las fechas sugiere que el cambio de conmemoración por parte de la Iglesia se debió a un deseo de corregir el culto a los antepasados. El último cambio indica que la fiesta pagana celta *Samhain* también había permanecido en el mundo cristiano.

Difusión

Esta celebración pagana -fiesta principalmente religiosa-, conservada en los submundos de la cultura irlandesa incluso después de la cristianización de la sociedad, reapareció con la emigración masiva de los irlandeses a Estados Unidos tras la gran hambruna que asoló el país en 1845-1846.

Los inmigrantes, para preservar su identidad cultural, empezaron a celebrar diversas fiestas propias como momentos de reunión y esparcimiento, entre ellas *All Hallows*. Más que una fiesta religiosa, era una fiesta sin referencias religiosas, vinculada a la celebración de la abundancia de las cosechas. Esto fomentó el resurgimiento del antiguo uso celta del farolillo, y la gente empezó a utilizar no el nabo sino la calabaza por su mayor tamaño y suavidad que favorecía la talla.

En la primera mitad del siglo XX, el espíritu pragmático de

los estadounidenses -aprovechando la oportunidad de hacer dinero- extendió esta fiesta a todo el país, y empezaron a aparecer en los mercados disfraces y trajes de Halloween a escala industrial: fantasmas, esqueletos, brujas, vampiros, zombis, etc.

A partir de 1950, la fiesta empezó a extenderse también a las escuelas y los hogares. Apareció la costumbre de que los niños fueran llamando a las casas para pedir golosinas con la expresión: «*¿Truco o trato?*».

Impulsada por intereses comerciales, dio lugar a una verdadera fiesta nacional con connotaciones laicas, desprovista de elementos religiosos, que se exportaría a todo el mundo, especialmente en las últimas décadas.

Reflexión

Si nos fijamos bien, los elementos que se encuentran en los ritos celtas de la fiesta pagana de Samhain han permanecido. Se trata de ropas, linternas y amenazas de maldiciones.

Las ropas son monstruosas y aterradoras: fantasmas, payasos espeluznantes, brujas, zombis, hombres lobo, vampiros, cabezas atravesadas por puñales, cadáveres desfigurados, diablos.

Horribles calabazas talladas como cabezas cortadas con una macabra luz en su interior.

Los niños paseando por las casas preguntando «*¿Truco o trato?*». Traducido literalmente significa «truco o trato», que recuerda a la «maldición o sacrificio» de los sacerdotes druidas.

Primero nos preguntamos si estos elementos pueden considerarse dignos de cultivo. ¿Desde cuándo lo espantoso, lo macabro, lo oscuro, lo horroroso, lo irremediabilmente muerto definen la dignidad humana? En efecto, son muy escandalosos.

Y nos preguntamos si todo esto no contribuye a cultivar una dimensión ocultista, esotérica, dado que son los mismos elementos que utiliza el oscuro mundo de la brujería y el satanismo. Y si la moda *oscura* y *gótica*, como todas las demás

decoraciones de calabazas macabramente talladas, telarañas, murciélagos y esqueletos, no fomenta un acercamiento a lo oculto.

¿Es casualidad que periódicamente se produzcan acontecimientos trágicos en torno a esta fiesta?

¿Es casualidad que profanaciones, graves ofensas a la religión cristiana e incluso sacrilegios se produzcan regularmente en estos días?

¿Es casualidad que para los satanistas la fiesta principal, que marca el comienzo del año satánico, sea *Halloween*?

¿No produce, sobre todo en los jóvenes, una familiarización con una mentalidad mágica y ocultista, distante y contraria a la fe y a la cultura cristianas, especialmente en este momento en que la praxis cristiana está debilitada por la secularización y el relativismo?

Veamos algunos testimonios.

Una británica, **Doreen Irvine**, antigua sacerdotisa satanista convertida al cristianismo, advierte en su libro *De la brujería a Cristo* que la táctica utilizada para acercarse al ocultismo consiste precisamente en proponer lo oculto bajo formas atractivas, con misterios que incitan, haciéndolo pasar todo por una experiencia natural, incluso simpática.

El fundador de la Iglesia de Satán, **Anton LaVey**, declaró abiertamente su alegría por el hecho de que los bautizados participen en la fiesta de Halloween: «Me alegro de que los padres cristianos permitan a sus hijos **adorar al diablo al menos una noche al año. Bienvenidos a Halloween**».

Don Aldo Buonaiuto, del Servicio Antisectas de la Asociación Comunitaria Papa Juan XXIII, en su ponencia *Halloween. El truco del diablo*, nos advierte que «los adoradores de Satanás tienen en cuenta las “energías” de todos aquellos que, aunque sólo sea por diversión, evocan el mundo de las tinieblas en los ritos perversos practicados en su honor, durante todo el mes de octubre y, en particular, en la noche entre el 31 de

octubre y el 1 de noviembre».

El padre Francesco Bamonte, exorcista y vicepresidente de la Asociación Internacional de Exorcistas (ex presidente de la misma durante dos mandatos consecutivos), advierte:

«Mi experiencia, junto con la de otros sacerdotes exorcistas, demuestra cómo la ocasión de Halloween, incluido el período de tiempo que la prepara, representa de hecho, para muchos jóvenes, un momento privilegiado de contacto con realidades sectarias o en todo caso ligadas al mundo del ocultismo, con consecuencias incluso graves no sólo a nivel espiritual, sino también en el de la integridad psicofísica. En primer lugar, hay que decir que esta fiesta imprime como mínimo fealdad. Y al imprimir en los niños la fealdad, el gusto por lo horrible, lo deforme, lo monstruoso puesto al mismo nivel que lo bello, de alguna manera los orienta hacia el mal y la desesperación. En el cielo, donde sólo reina la bondad, todo es bello. En el infierno, donde sólo reina el odio, todo es feo». [...]

«Basándome en mi ministerio como exorcista, puedo afirmar que Halloween es, en el calendario de magos, ocultistas y adoradores de Satán, una de las «fiestas» más importantes; En consecuencia, para ellos es motivo de gran satisfacción que las mentes y los corazones de tantos niños, adolescentes, jóvenes y no pocos adultos se dirijan a lo macabro, lo demoníaco, la brujería, a través de la representación de ataúdes, calaveras, esqueletos, vampiros, fantasmas, adhiriéndose así a la visión burlesca y siniestra del momento más importante y decisivo de la existencia de un ser humano: el final de su vida terrenal. » [...]

«Nosotros, sacerdotes exorcistas, no nos cansamos de advertir contra esta recurrencia, que no sólo a través de conductas inmorales o peligrosas, sino también a través de la ligereza de diversiones consideradas inofensivas (y por desgracia acogidas cada vez más a menudo incluso en espacios parroquiales) puede tanto preparar el terreno para una futura acción perturbadora, incluso pesada, por parte del demonio,

como permitir al Maligno afectar y desfigurar las almas de los jóvenes.»

Son sobre todo los jóvenes quienes sufren el impacto generalizado del fenómeno de Halloween. Sin serios criterios de discernimiento, corren el riesgo de ser atraídos por la fealdad y no por la belleza, por las tinieblas y no por la luz, por la maldad y no por la bondad.

Debemos reflexionar sobre si seguir celebrando la fiesta de las tinieblas, *Halloween*, o la fiesta de la luz, *Todos los Santos*...